

## A MEDIA NOCHE.

A MI QUERIDO AMIGO ARISTEO MERCADO.

### I

Más gallarda que el nenúfar  
Que sobre las verdes ondas  
Al soplo del manso viento  
Se mece al rayar la aurora,  
Es una linda doncella  
Que tiene por nombre Rosa;  
Y á fé que no hay en los campos  
Igual á sus gracias otra.

Vive en Pátzcuaro, en la villa  
De hermoso lago señora,  
Lago que retrata un cielo  
Limpio y azul, donde flotan  
Blancas nubes que semejan  
Grupos de errantes gaviotas.

Está en la flor de la vida,  
No empaña ninguna sombra  
Las primeras ilusiones  
Con que el amor la corona.

Ama Rosa y es amada  
Con un amor que no estorban  
Sus padres, porque comprenden  
Que el joven que para esposa  
La pretende, nobles prendas  
Y honrado nombre atesora.

Cuentan, los que lo conocen,  
Que tal mérito lo abona,  
Que no hay otro que le iguale  
Cien leguas á la redonda.  
Y aunque alabanza de amigo  
Pueda tacharse de impropia,  
Nadie niega que Fernando  
Tiene el alma generosa;  
Que sus riquezas divide  
Con los que sufren y lloran,  
Que es tan bravo, que el peligro  
Desdeña y jamás provoca,  
Pero lo humilla y lo vence  
Cuando en su camino asoma.

No hay ginete más garboso  
Ni más diestro, porque asombra  
Cuando de potro rebelde  
Los fieros impetus doma,  
Y es tan amable en su trato,  
Tan cumplido en su persona,  
Tan generoso en sus hechos  
Y tan resuelto en sus obras,  
Que la envidia no se atreve  
Con su lengua ponzoñosa  
A manchar su justa fama  
Cuando cualquiera lo nombra.

Ya se prepara la fiesta,  
Cercanas están las bodas,

Los padres cuentan los días,  
Los prometidos las horas;  
Los amigos se disponen  
Para obsequiar á la novia  
Dando brillo con sus galas  
A la nupcial ceremonia.

Y aunque es fiesta de familia  
Por suya el pueblo la toma,  
Y en llevarla bien al cabo  
Se empeña la villa toda.

## II

¡Con qué profunda tristeza  
Vive Rosa en su retiro!  
Está pálida su frente  
Y están sns ojos sin brillo;  
De la noche á la mañana  
Corre de su llanto el hilo,  
Sus padres sufren con ella  
Y están tristes y abatidos.  
No le da el sueño descanso  
Ni el sol le procura alivio,  
Que son la luz y las sombras  
Para el que sufre lo mismo.

Está muy lejos Fernando,  
Muy lejos y en gran peligro,  
Porque al llegar de la boda  
El instante apetecido,  
Invadió como un torrente  
La ciudad el enemigo.

El pabellón del imperio  
Halla en Pátzcuaro un asilo,  
Los franceses se apoderan

Del sosegado recinto,  
Su ley imponen á todos,  
Subyugan al pueblo altivo,  
Y Fernando, en su caballo,  
De pocos hombres seguido,  
Sale á buscar la bandera  
Que veneró desde niño,  
Y que agita en las montañas  
El viento del patriotismo.

Ni el amor ni la esperanza  
Le cerraron el camino,  
Que ciego á todo embeleso  
Y sordo á todo atractivo,  
La patria, sólo la patria  
En tales horas ha visto,  
Y por ella deja todo,  
A salvarla decidido.

Rosa se queda llorando  
Y como agostado lirio,  
No hay fuerza que la levante  
Ni sol que le infunda brío.

De su amoroso Fernando  
Sólo saben lo que han dicho:  
Fué á la guerra, y lo conoce  
Firme noble y decidido;  
Lo sueña entre los primeros  
Que acometen los peligros.  
Ssbe que en todos los casos,  
Entre muerte y servilismo,  
Ha de preferir la muerte,  
Que es vida para los dignos,

Y con profunda tristeza  
Vive Rosa en su retiro

Sin consuelo ni descanso,  
Sin esperanza ni alivio,  
Que son la luz y las sombras  
Para el que sufre lo mismo.

## III

A la habitación de Rosa,  
Al rayar de la mañana,  
Llega un indígena humilde  
Que viene de la montaña,  
Y sin despertar sospechas  
Cruzó por las avanzadas  
Trayendo un papel oculto  
En su sombrero de palma.

En hablar con Rosa isiste  
Cuando de oponerse tratan  
Sus padres que en todo miran  
Espionajes y acechanzas

Oye la joven las voces  
Y con interés indaga,  
Porque el corazón le dice  
Que la nueva será grata,  
Y lo confirma mirando  
Que al borde de su ventana  
Un *salta-pared* ligero  
Tres veces alegres canta,  
Nuncio de buena fortuna  
Del pueblo entre las muchachas.

Llama al indio presurosa,  
Este con faz animada  
La saluda, y del sombrero  
Descose la tosca falda,  
Y de allí con mano firme,

Saca y le entrega una carta  
Que vino tan escondida,  
Que á ser otro no la hallara.

Rosa, trémula, no acierta,  
En su gozo, á desplegarla  
Y ya febril é impaciente  
Tanta torpeza le enfada;  
Abre al fin y reconoce  
Que Fernando se la manda,  
Y en cortas frases le dice  
Esto que en su pecho guarda:

“Mi único amor, vida mía,  
Mi pasión, alma del alma,  
No puedo vivir sin verte,  
Que sin tí todo me falta;  
Y aunque tu amor me da aliento  
Y tu recuerdo me salva,  
Tengo sed de tu presencia,  
Tengo sed de tus palabras.

“Hoy por fortuna muy cerca  
Me encuentro de tu morada,  
Y he de verte aunque se oponga  
Todo el poder de la Francia.

“Esta noche, á media noche,  
Antes de rayar el alba,  
Para verme y para hablarme  
Asómate á la ventana.

“Adios, vida de mi vida,  
No tengas miedo, y aguarda  
Al que adora tu recuerdo  
Luchando entre las montañas.”

## IV

Es pasada media noche,  
Reina profundo silencio  
Que solo interrumpe á veces  
El ladrido de los perros,  
O el grito del ceutinela  
Que lleva perdido el viento.

En su ventana está Rosa,  
Entre las sombras, queriendo  
Penetrar con la mirada  
De sus grandes ojos negros,  
Las tinieblas que sepultan  
Los callejones estrechos.

Para no inspirar sospechas  
Oscuro está su aposento,  
Y ni á suspirar se atreve  
Por no vender su secreto.

De súbito escucha pasos  
Cautelosos á lo lejos,  
Y al oírlos no le cabe  
El corazón en el pecho.

Entre las sombras divisa  
A'go que tomando cuerpo  
A la ventana se llega  
Y casi con el aliento  
Le dice: —Prenda del alma,  
Aquí estoy.

—¡Bendito el cielo!—  
Contesta Rosa y las manos  
En la oscuridad tendiendo  
Halla el rostro de su amante

Que las cubre con sus besos.

—¿Dudabas de que viniera?

—¿Cómo dudar, si yo creo

Cuanto me dices lo mismo

Que si fuera el evangelio?

—¡Tantas semanas sin verte!

¡Tanto tiempo!

—¡Tanto tiempo!

—Pero temo por tu vida.....

—No temas, Dios es muy bueno.

Ahora dime que me amas,

A que me lo digas vengo

Y á decirte que te adoro.....

—¿Más que yo á ti, cuando siento

Hasta de la misma patria

El aguijón de los celos?

No te culpo, mi Fernando,

No te culpo, bien has hecho,

Pero dudo, y me atormenta

Pensar que esconde tu seno

Amor más grande que el mio

Y otro vínculo más tierno.

Escúchame: si algún día

Merced á tu noble esfuerzo,

Victoriosa tu bandera,

Por héroe te aclama el pueblo,

Yo disputaré á tu frente

Ese laurel, porque tengo

Ante la patria que gime

Para adquirirlo derecho;

Tú sacrificas tu vida;

Yo, débil mujer, le ofrezco

Alentando tu constancia,

Todo el amor que te tengo.

¡Ay, Fernando! ¿tú no mides

Este sacrificio inmenso?

Y al decir así, la mano  
 Atrajo del guerrillero  
 Y con su llanto al bañarla  
 La oprimió contra su pecho.

## V

Limpia despunta la aurora,  
 Y en la ventana Fernando  
 No se atreve á despedirse,  
 Sin hacer del tiempo caso.

Mas de pronto, por la esquina,  
 Sobre fogoso caballo,  
 De la brida conduciendo  
 Un potro alazán tostado,  
 Un guerrillero aparece  
 Con el mosquete en la mano.

Acércase á la pareja,  
 Aquel coloquio turbando,  
 Y dirigiéndose al joven  
 Le dice:—mi jefe, vamos,  
 Monte, que nos han sentido,  
 Y somos dos contra tantos.

—¡Vete, por Dios!—grita Rosa.  
 Salta á su corcel Fernando,  
 Toma su pistola, besa  
 A la doncella en los labios,  
 Y á tiempo que se despide,  
 Por un callejón cercano  
 Desembocan en desorden  
 Argelinos y zúavos.

-- ¡Alto!—gritan los que vienen.  
 —¡Primero muerto que dado!  
 Contesta el otro, y se lanza

Para abrir en ellas paso.....  
 Suenan discordantes gritos,  
 Y se escuchan los disparos,  
 Y álzanse nubes de polvo  
 De los pies de los soldados;  
 Y al punto que Rosa enjuga  
 Sus ojos que anub'a el llanto,  
 Ya mira cómo se alejan  
 A galope por el campo,  
 Libres de sus enemigos,  
 El asistente y Fernando.

## VI

Algunos años máa tarde,  
 Y cuando pagó á su patria  
 La deuda de sus servicios  
 Y la vió libre y sin mancha,  
 Volvió Fernando á sus lares,  
 Colgó en el hogar su espada,  
 Y no quiso ser soldado  
 Después de triunfar su causa,  
 Que fué guerrero del pueblo,  
 Luchador en la montaña,  
 De los que solo combaten  
 Si está en peligro la patria.

Entonces cumplióle á Rosa  
 Sus ofertas más sagradas,  
 Y fué la boda una fiesta  
 Popular, risueña y franca.

Al verlos salir del templo,  
 Según refiere la fama,  
 Recordando aquellas frases  
 De la inolvidable carta,  
 Formando vistoso grupo

A las puertas de su casa,  
 Las más bonitas del pueblo,  
 Las más festivas muchachas,  
 Con melancólicas notas  
 Que á nuestros tiempos alcanzan  
 (En canción que "Los Cap'ros"  
 En Michoacán se la llama),  
 Al compás de las vihuelas,  
 De esta manera cantaban:  
 "Esta noche, á media noche  
 Y antes que llegue mañana,  
 Si oyes que al pasar te silbo  
 Asómate á tu ventana."

*Cual secreto  
 pendejo*

*Bonte o  
 esturdia*

## LA HEROINA DEL DOLOR

A la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz,

### I

Per una angustia verede  
 Que cruza entre las montañas  
 Que por el Sur de Jalisco  
 Forman gigante muralla,  
 Caminando paso á paso,  
 Al despuntar la mañana,  
 Van en sus dóciles potros  
 Que de fuertes tienen traza,  
 Un oficial embozado  
 En vieja y obscura capa,  
 Una mujer bella y joven  
 Con un niño que amamanta,  
 Y un asistente que sigue  
 De la pareja la marcha.

Risueña nace la aurora,  
 Alegres las aves cantan,  
 El viento cruza tan manso,  
 Que no estremece las ramas;  
 Sonoro rumor se escucha

De las distintas cascadas,  
Y la tierra humedecida  
Con las lágrimas del alba  
Entre el tupido follaje  
Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos  
Atraviesan las bandadas  
De mi los y colorines,  
De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros,  
Y, al compás de las pisadas  
De los caballos, sostienea  
Festiva y sabrosa charla.  
—Mira qué grandes, qué bellos  
Tiene los ojos —exclama  
La mujer mirando al niño:  
Si ya con los ojos habla;  
Mira qué obscuro es su pelo  
Sus manecitas qué blancas,  
Y esa sonrisa tan dulce  
Que llega al fondo del alma.  
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta  
Del bello grupo la vista,  
Responde con risa franca  
Que la ternura denuncia  
Y el buen carácter delata:

—Por fuerza debe ser bello,  
Si tiene mi misma cara:  
Es retrato de su padre  
Y hasta los ciegos lo cantan.—  
Alzó la joven el rostro,  
Y lanzando una mirada

Más traviesa que burlona:  
—Si, tu retrato le llamas  
Contestó—porque no has visto  
En un espejo tus gracias.—

Y como dando la prueba  
De que mienten sus palabras,  
Acaricia del marido  
La luenga y sedosa barba.

El sol se va levantando:  
De los montes en la falda  
Las nieblas desaparecen,  
Y se agrupan en las palmas,  
Buscando la fresca sombra,  
Las aves en las cañadas.

Sigue el grupo su camino,  
Mas ya con penosa marcha,  
Que baja lumbre del cielo.  
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura  
Defender del sol que abrasa,  
Formándole frágil toldo  
Con tela ligera y blanca.

El oficial va cual antes  
Sin soltar ni la bufanda,  
Pues toma por buena regla:  
"Para buen sol, buena capa."

El soldado indiferente  
Silbando el toque de marcha,  
Sigue cual si no sintiera  
Temperatura tan alta.

El se apellida Lozano;  
Ella, Matilde se llama,

Y el asistente responde  
Al nombre de Juan Zapata.

## II

De improviso los caballos  
Detienen, y con recelo  
Alzan la cabeza y mueven  
Ambas orejas á un tiempo.  
El oficial y el soldado  
Comprenden cercano riesgo  
Los dos empuñan las armas,  
Y, con ademán resuelto,  
Saltan entre la maleza,  
Límite del bosque espeso,  
No bien un palmo adelantan  
Cuando salen á su encuentro,  
Cual brotando de la selva,  
Audaces, terribles fieros.  
Los cazadores franceses  
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil  
Que en gran número son ellos,  
Y tan de prisa se llegan,  
Que cercan en un momento  
Al oficial y á Zapata,  
Intimándoles soberbios.  
El uniforme denuncia  
A Lozano, y sin remedio  
Tiene que entregar sus armas  
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, tombando,  
Con el rostro descompuesto,  
Las lágrimas en los ojos  
Y apretando contra el seno

Al niño cual si quisiera,  
En ella misma esconderlo,  
Matilde mira á su esposo,  
A los soldados y al cielo:  
Y ni tiene una plegaria,  
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos  
Hacen bajar á los presos,  
Y en medio de los franceses  
Y sin ningún miramiento,  
Se encamina la columna  
Buscando el vecino pueblo,  
Y tras ella pensativa  
Sigue Matilde en silencio,  
Que nadie de ella se ocupa  
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada,  
En un camino desierto,  
Con un niño entre los brazos;  
Llevando dentro del pecho  
El corazón comprimido  
Por el dolor más intenso,  
Podrá conmover sin duda  
El ánimo más sereno:  
Pero en medio de las luchas  
Y cuando sopla el aliento  
De los combates, en vano  
Fuera buscar un consuelo  
En marciales corazones  
Templados á sangre y fuego.

## III

Prisionero está en Colima  
El comandante Lozano,  
Y en la pobreza Matilde



Vive su prisión llorando.  
 Tiene en peligro la vida  
 El jefe republicano,  
 Pues de cuantos han caído  
 á ninguno ha perdonado,  
 Que Berthelin que allí manda  
 Debe en justicia á sus actos  
 Los renombres que lesiguen  
 De implacab'e y sanguinario.

Matilde ocupa una casa  
 En un apartado barrio,  
 Mas, por desgracia, esa calle  
 Es el camino marcado  
 Para llevar diariamente  
 Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas,  
 Luego que suenan las cuatro,  
 Oye Matilde que llevan  
 En las sombras los zúavos  
 A una plazuela cercana  
 Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes  
 El sonar de los disparos,  
 Y luego vuelve la escolta  
 los cadáveres dejando,  
 Que el cara siempre recoge  
 Cuando el sol está muy alto.

En horrible incertidumbre,  
 Con el pecho destrozado,  
 Cada mañana Matilde  
 Escucha llena de pasmo,  
 Cuando pasa la columna  
 A los mártires llevando;  
 Cada mañana supone

Que va con ellos Lezano,  
 Y al escuchar las descargas  
 Nubla sus ojos el llanto  
 Y con voz entrecortada  
 Pone al niño en su regazo,  
 Y acercándolo á su rostro,  
 Le dice, bajo, muy bajo:  
 —¡Hijo del alma, quién sabe  
 Si á tu padre habrán matado!—

Se pone luego en acecho,  
 Y al regresar los zúavos,  
 Cuando siente que se alejan  
 Y queda en silencio el barrio:  
 Coge un farol y le oculta,  
 Toma al niño entre sus brazos,  
 Abre con temor la puerta,  
 Ve la calle con espanto,  
 Y trémula y conmovida  
 Dirige el incierto paso  
 Hasta el lugar en que yacen  
 Los muertos abandonados.....

Lanza su rojiza lumbre,  
 Tras de los vidrios opacos,  
 El farolillo que tiembla  
 De la mujer en la mano.  
 Hirsuto el negro cabello,  
 De las órbitas saltando  
 Los ojos como dos ascuas,  
 Ve Matilde, paso á paso,  
 Uno por uno, los rostros,  
 Por el plomo destrozados.  
 Hunde las desnudas plantas

De tibia sangre en los charcos,  
Y ni el terror la detiene  
Ni la domina el espanto.

Inclínase y delirante  
Va cada rostro mirando,  
Y si en alguno las huellas  
Del proyectil han borrado  
Las facciones, si la sangre  
Ocuella todos los rasgos,  
Valerosa se arrodilla  
Y con atrevida mano  
Lo enjuga, aparta el cabello  
Y su audacia llega á tanto.  
Que á muchos abre los ojos  
Claros señales buscando.

Cuando queda satis'echa  
De que no ha muerto Lozano,  
Se arrodilla, e'leva al cielo,  
Cortándola con su llanto,  
La más ferviente plegaria  
Qué alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa  
Pasa en terribles trabajos  
Las horas, llega la noche,  
Escucha sonar las cuatro,  
Y otra vez la misma escena,  
Y sin tregua ni descanso  
Uno tras otros los días  
Va en esta angustia pasando;  
Así transcurren los meses  
Está su cabel'o blanco,  
Está su faz demacrada,  
Donde abrió surcos el llanto,  
Y ya una anciana parece  
Y cuenta veintitrés años.

## IV

Una noche tenebrosa  
En que ruda la tormenta  
Sobre la ciudad bramando  
Hace estremecer la tierra,  
Y las ráfagas del viento  
Hondos gemidos remedan,  
Y el relámpago se enciende  
Rasgando la sombra densa,  
Y se desata en raudales  
De lluvia la nube negra,  
Tan turbada está Matilde,  
Tan turbada y tan inquieta,  
Que la tempestad de su alma  
A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,  
Quiere llorar y está secas  
De sus lágrimas las fuentes,  
Que las agotó la pena.

Quiere quejarse, y palabras  
Por más que busca no encuentra;  
Al niño toma en sus brazos,  
Y, cual si suyo no fuera,  
Como perdido entre nubes,  
Con vaguedad lo contempla,  
Y siente que le abandonan  
La voluntad y las fuerzas,  
Y que su razón vacila,  
Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo  
Como estatua muda y quieta,  
Mas de improviso se yergue,

Alza el rostro, escucha atenta,  
Y se convence temblando,  
De que ya las cuatro suenan.....

.....  
.....  
.....

Reina en la calle el silencio,  
Ha cesado la tormenta,  
Y se oye sobre las charcas  
Las pisadas que se acercan  
De las tropas que caminan  
A la ejecución sangrienta.  
Matilde, cobrando aliento,  
Va con sigilo á la puerta  
Y quiere por las rendijas  
De la gastada madera  
Contemplar á los que pasan,  
Pero la sombra es tan densa  
Que en vano lanza cual dardos  
Sus miradas hacia fuera,  
Y solo descubre bu tos  
Iguales, fantasmas negras,  
Que saliendo de unas sombras  
En otras sombras penetran.

Ella detiene el aliento  
Mientras pasan y se alejan,  
Y ni á respirar se atreve,  
Inmóvil, como de piedra,  
Hasta que escucha á lo lejos  
Cómo las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;  
Nunca tan honda su pena  
Sintió como en esa noche  
De agenia y de tormenta.

Quando de vuelta la tropa,  
Quedó la calle desierta,  
Matilde, cargando al niño,  
Corre á la plaza siniestra,  
Y su agitación es tanta,  
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,  
Y loca, convulsa, y ciega,  
Con avidez, y con ansia,  
Al fulgor de su linterna  
Mira un cadáver tendido  
Sobre la mojada yerba.

Quando la luz amarilla  
Baña la faz descompuesta,  
Matilde lanza un profundo  
Grito, y se desploma yerta.

▼

Quando el sol de la mañana  
Bañó montes y collados,  
Y fué á buscar á los muertos  
El cura humilde del barrio;  
Descubrió con gran asombro,  
Estrechamente abrazado,  
El cadáver de una dama  
Al cadáver de Lozano,  
Y junto al fúnebre grupo,  
Llorando en el triste campo,  
Un niño que apenas muestra  
Tener de existencia un año